

MEDIOS DE PAGO Y PRODUCTIVIDAD GLOBAL*

Por Alberto Benegas Lynch (h)

* Tomado de Revista Competencia (Mayo de 1975)

Una de las teorías más frecuentemente formuladas en torno a la moneda es la de «la productividad global»(1). Los patrocinadores de esta peculiar teoría comienzan declarando que son enemigos acérrimos de la inflación monetaria y dicen comprender los efectos malsanos que tal política suscita. Sostienen, sin embargo, que para erradicar el fenómeno inflacionario es menester que el gobierno emita medios de pago en la misma proporción en que crezca la producción de bienes reales.

Pero, en realidad, ofreciendo este tipo de consejo ¿se está obrando acorde con la ciencia económica o se está «economizando» la ciencia? Para contestar el interrogante tratemos de explicar los efectos económicos y sociales que irremediablemente genera dicha política. A los efectos del siguiente análisis, dejemos de lado consideraciones referentes a la cuantificación del producto y a la mecánica respecto a la cual se llevaría a cabo la subsiguiente emisión monetaria, temas que para nada afectan nuestras conclusiones.

Cuando la producción física de bienes aumenta, *ceteris paribus*, los precios tenderán a bajar, debido precisamente a la modificación operada en la relación dinero-bienes. Consecuentemente con la aludida alteración en los tipos de cambio, el aparato productivo y la totalidad de la estructura económica se acomoda y refleja la nueva situación, asignándose recursos según señalen los precios y costos ya ajustados a la nueva realidad. En las relaciones internacionales, tenderán a incrementarse las exportaciones, debido a la posición relativa que adoptan los costos internos respecto a los externos.

Todo lo antedicho fluye conforme al proceso natural del mercado. En nuestro ejemplo, el fortalecimiento del poder adquisitivo de la moneda se manifestó debido a los deseos y requerimientos del consumidor. Como hemos señalado, infinidad de ajustes y reajustes tienen lugar a partir de la nueva situación, todo lo cual se refleja en los precios, que, como únicos indicadores en el mercado, van mostrando el camino a los empresarios para optimizar los siempre escasos recursos productivos.

Pero ¿qué sucede si un tercero, ajeno al mercado, decide inmiscuirse expandiendo el circulante? Sencillamente, se anulan las consecuencias arriba descritas, reemplazándolas por otras de características distintas. Consecuentemente, la estructura económica reflejará, en forma artificial, también una posición distinta. La asignación de recursos y, por ende, la distribución de la riqueza ya no operará conforme a los requerimientos del mercado, sino que será acorde con los gustos de la autoridad monetaria de turno. En el orden internacional, las exportaciones resultarán artificialmente frenadas y artificialmente estimuladas las importaciones. Toda la gama de precios y costos se desarticulará obedeciendo a la referida distorsión que puso en evidencia la forzada relación dinero-bienes impuesta al mercado, lo que, a su turno, inducirá al despilfarro y a la mala inversión del escaso y tan necesario capital.

A los efectos del punto a que estamos aludiendo, resulta irrelevante cuál sea el procedimiento estadístico a que se recurra para construir el número índice en base al cual la autoridad monetaria emitirá medios de pago. Los resultados que engendra la referida injerencia gubernamental en el mercado monetario serán las apuntadas, aparecerán con mayor o menor intensidad, según sea el volumen de la expansión, pero aquellos resultados son inevitables.

Todo el mundo habla de inflación, incluso se inventan neologismos aberrantes como «inflación importada»(2) en el afán de distraer la atención pública del verdadero foco del problema; también se suele culpar a comerciantes «inescrupulosos y acaparadores» endosándose siempre a otros la responsabilidad por el mal sufrido. Pocos son, en cambio, los que realmente comprenden el significado y los alcances reales del fenómeno inflacionario.

La moneda es un medio de cambio que aparece espontáneamente en el mercado, para evitar los obstáculos insalvables que presenta el trueque. Luego de un largo proceso de selección, el mercado otorgó al oro el carácter de moneda internacional y los billetes eran recibos por oro depositado, canjeables recíprocamente al portador y a la vista. *La inflación consiste en emitir medios de pago (seudo recibos de moneda) en cantidades superiores al patrón monetario, reservas o dinero genuino en existencia*_(3),(4). Éste es el espíritu esencial de la inflación, que puede ser provocada únicamente por los gobiernos al expandir el circulante o tolerar que otros lo hagan (por ejemplo, instaurando el sistema bancario de reserva parcial)(5).

Lo anterior en modo alguno, implica que los precios se mantendrán inalterados en un régimen de patrón monetario. Por el contrario, es indispensable que los precios se modifiquen *para poder ajustarse a las siempre cambiantes circunstancias* por las que se atraviesa. Si aumenta el atesoramiento o las importaciones, el poder adquisitivo tenderá a subir y los precios bajarán; fenómeno inverso ocurrirá si se incrementa el desatesoramiento o las exportaciones. También los precios tenderán a subir y, por tanto, el precio del dinero (poder adquisitivo) se reducirá, como consecuencia de un terremoto que eliminará el 90% de la producción real. Los gustos, las modas, los procedimientos tecnológicos, cambios en la relación producto-capital y tantos otros factores provocarán mutaciones en los precios, pero ello *nada tiene que ver* con la inflación. Debemos distinguir claramente entre lo que es resultado de la operación del mercado, que permite optimizar recursos en cada momento de la vida económica, de lo que es resultado de intromisiones caprichosas en el mercado monetario que necesariamente adulteran el proceso (4). Es indispensable diferenciar con la mayor precisión posible el fraude, la violencia y, por ende, la lesión al derecho que necesariamente encierra la inflación, de las mutaciones operadas en el lado monetario y/o en el lado no-monetario debidas a las valorizaciones del consumidor. Dichas valorizaciones, lógicamente, tenderán a modificar los precios y eventualmente conducirán a incrementos o disminuciones en el volumen del circulante, pero lo trascendental y definitivo de la diferencia radica en que estos últimos cambios *son queridos y provocados por los participantes en el mercado que, en cada instante, al maximizar sus recursos, reflejan sus escalas de valores en los precios*.

Si, bajo patrón oro clásico, la producción de dicho metal aumenta o si se descubren nuevos yacimientos auríferos provocando idénticos resultados en el volumen de la producción, el poder adquisitivo de la unidad monetaria decrecerá. Otra vez aquí los precios tenderán a subir, debido a las nuevas circunstancias que presenta al mercado, imprimiéndose una nueva dirección en la asignación de recursos y su correlativa distribución de ingresos. Pero nuevamente subrayemos que nada hay inflacionario aquí, sólo es dable suponer que, de continuar este proceso en el mismo sentido, la utilidad marginal del oro acentuará su baja y será reemplazado por otro bien como patrón monetario. Pero destaquemos una vez más que aquel proceso es sólo la respuesta que el mercado consideró adecuada dadas las circunstancias imperantes.

En resumen, en Economía nos interesa economizar recursos. Economización de recursos implica asignación de factores. Asignación de factores significa distribución de riqueza la distribución de la riqueza se puede lograr sólo de dos maneras. La primera es permitiendo que funcione el mercado para que, en todo momento, y bajo las siempre cambiantes condiciones económicas y sociales, se maximice el bienestar del consumidor, quien dirige, en última instancia, el proceso productivo. El segundo modo es que los gobiernos adopten políticas inflatorias obstaculizando el funcionamiento del mercado, lo que fatalmente desemboca en depresiones más o menos agudas, persistentes secuelas de crisis y pobreza generalizada (7),(8).

El futuro de Occidente depende si optamos por confirmar el camino ya emprendido de depreciación, o si, por el contrario, deseamos rectificar el rumbo y despertar de este, cada vez más peligroso, letargo intelectual en que nos encontramos inmersos.

(1) La primera vez que se aplicó oficialmente fue en la época del nacionalsocialismo de Adolf Hitler, por consejo de su ministro Hermann W. Goering. Los resultados de tan fantasioso y descabellado experimento son para todos conocidos. También es conocida la hecatombe resultante de su versión moderna, según la cual, los bancos centrales expanden y contraen el circulante de acuerdo al volumen de los negocios. Desde el punto de vista teórico, esta idea fue originalmente expuesta por Pierre J. Proudhon en su obra *Resumen de la Cuestión Social, Banco de Cambio* (1848), donde el autor también propone eliminar el respaldo metálico del billete haciéndolo inconvertible.

(2) Véase nuestro trabajo titulado «El fantasma de la inflación importada».

(3) Patrón monetario, reservas y dinero genuino los estamos tomando como sinónimos. Para un penetrante análisis del tema Inflacionario y monetario en general, ver la voluminosa obra del profesor M. N. Rothbard, *Man, Economy and State. A Treatise on Economic Principles*. Allí queda al descubierto la inflación monetaria como simple **falsificación** en gran escala, como un fenómeno por medio del cual necesariamente se prostituye la operatividad del mercado. También véase, del mismo autor, *The Case of 100% Gold Dollar*, publicado en *In Search of a Monetary Constitution* (Harvard University Press, 1962).

(4) Los primeros precedentes de la inflación están referidos en el Antiguo Testamento, donde se condena el fraude de mezclar plata con otros metales de menor valor, haciéndola pasar por plata pura en las actividades mercantiles. El segundo precedente aparece en la decadente Roma Imperial y posteriormente en la época del absolutismo monárquico, cuando emperadores y reyes recortaban las monedas de oro imprimiendo sus esfinges, para garantizar un peso que a la postre resultaba ser menor al real; cuando la trampa era descubierta se decretaba el curso forzoso. Estos antecedentes inflacionarios, anteriores al uso del billete bancario, tienen el mismo significado que hoy reviste la inflación, a los efectos de la destrucción de la unidad monetaria y sus malsanas consecuencias. La diferencia sólo reside en que los procedimientos modernos permiten inflar más rápidamente y a costos sensiblemente menores.

(5) En nuestro trabajo El Sistema de la Reserva Federal y la Depreciación del Dólar abordamos el tema de la banca y mencionamos otros medios por los cuales se canaliza la inflación, como las operaciones en el mercado abierto y las manipulaciones en la tasa de interés. Como causantes de la inflación también debemos agregar los falsificadores privados que operan fuera de la ley: no los hemos mencionado en el cuerpo de este artículo pues, como sabemos, no son ni remotamente los artífices principales de la inflación que padece hoy Occidente.

(6) Muchos son los políticos que constantemente hacen alarde de ser monopolistas de la «sensibilidad social», ¿por qué entonces se insiste en derretir coactivamente los patrimonios de los trabajadores a través de la inflación monetaria? ¿Por qué se comete, día a día, tamaña injusticia? ¿O es que la aludida sensibilidad de algunos gobiernos queda más que compensada por el deseo irrefrenable de gastar más de lo que se tiene, revelando, por tanto, la enfermedad crónica de la indisciplina monetaria que padecen? Manteniéndose el régimen de patrón oro, el obrero cobra su sueldo en términos de aquel metal precioso y ningún gobierno podría sustraerle su sueldo por métodos inflacionarios, ya que éstos no podrían existir. Tampoco existiría la posibilidad de que los gobiernos incurran en déficit presupuestales, debiendo ajustarse estrictamente a sus entradas corrientes.

(7) F. A. Hayek, Premio Nobel en Economía 1974, explica, en un interesante trabajo que publicamos en el número inaugural de la Revista de la Cámara de Comercio, la inexorable relación causal entre inflación monetaria y crisis económica. Desde luego que hay otras muchas maneras por medio de las cuales el intervencionismo puede corromper el mercado, pero en este trabajo centramos nuestra atención exclusivamente en la inflación puesto, que, dados sus particularísimos efectos perniciosos, que abarcan la totalidad del espectro comercial, la convierten como sostenía Lenin, en la herramienta más potente para destruir el sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción.

(8) Se cuenta una anécdota según la cual, en alguna oportunidad, uno de los alumnos del profesor Lionel Robbins en la «London School of Economics», preguntó cómo podía hacerse en Inglaterra para terminar con la plaga de la inflación; el doctor Robbins contestó «sencillamente, que el gobierno no infle más». El renombrado economista francés Jacques Rueff hace afirmaciones análogas en su libro reciente «La era de la inflación».